

Martha Cecilia RUIZ

I. Muestra de microrrelatos

Ni zika, ni dengue, ni chikun

Dio un manotazo hacia atrás. Creyó escuchar un zumbido, eran días lluviosos, quizá el piquete de un mosquito provocaba la picazón en la espalda, justo sobre los omoplatos.

Salió un momento de la cocina. Buscó una percha y se rascó por largo rato. Encontró alcohol y a como pudo se frotó.

La incomodidad siguió. La percha resultó insuficiente. Se dio contra la pared y se escuchó riéndose mientras se decía: «como los burros».

La sonrisa desapareció al recordar las pestes de zika, dengue y chikungunya, las palabras de la madre, la sentencia del cura, la responsabilidad de los hijos y el qué dirán de las vecinas.

Trató de calmarse, atarse al piso, respirar hondo, resignarse como le dijeron.

Pero el destino es inevitable, ya nada podría hacer su marido. Eran los primeros brotes de unas alas que renacían.

Canto decembrino para jóvenes doncellas y sus amantísimos pretendientes

—Me duele el pecho —dijo la mujer en la cama.

—Trató de ser normal —dijo el hombre y le dio la espalda.

Al reconocer que se acercaba su hora, ella abrió su pecho y sacó, uno a uno, sus dolores; les hizo espacio en la zapatera; los acomodó en fila. Quién sino la buena esposa sabe que hay que dejarlo todo en orden, incluso las penas.

La interrumpió el esposo. —Tengo sed —le dijo. Ella le dio su agua. Él la bebió toda y fingió dormir.

La mujer siguió con su tarea. Del esternón abierto sacó algunos cuchillos, un pez sierra y dos o tres dientes de tiburón. —Es que soy nicaragüense —se justificó ante el Ángel de la Muerte.

La sangre salió a raudales de aquel pecho abierto, colada por sus pulmones, era una sangre celeque tipo mango verde y rala como agua que sale al lavar el arroz, así le parecía sobre todo la que salía por sus pezones, por su vagina y hasta por la uña de sus manos tristes. Al despertar, el viudo se quejó de las sábanas manchadas, molesto. No había quien las lavara.

II. Ejemplo de cuento corto

Kasumi y Kazumi

Mi estimado Inspector D.:

Nunca supe si debía agradecerte o reclamarte por llevarme sin previo aviso a la morgue, plantarme frente a un cuerpo en la mesa metálica, las cubetas llenas, las gavetas, los papeles y el frío. Esperar que encendiera la grabadora y preguntar sin que me temblara el estómago, ante aquella muchacha muerta, asesinada.

Recuerdo la hierba crecida en el estacionamiento del hospital, los pasillos sucios, el agente de servicios funerarios, folleto en mano, frente a la sala de cuidados intensivos al acecho de mujeres y jóvenes que en pocas horas serían viudas y huérfanos. Sentí vergüenza por él, por nosotros, por todos los que rondamos a los muertos.

Te vi preguntar sin remordimientos, hacer la ronda del día, mientras Kasumi me perseguía, me daba los detalles de lo ocurrido y opinaba sobre lo que pasaría más tarde entre nosotros.

Qué habrías pensado si te hubiera dicho que desde ese primer momento Kasumi me dio cada pista que vos creíste eran producto de mi intuición o la revelación de alguna fuente que me negué a compartir. En verdad tenía la mejor fuente, la propia Kasumi, de mi edad, de mi estatura, tan parecida a mí. Con su nombre empezó todo, cuando el responsable de la morgue dijo cuerpo femenino sin identificar de aproximadamente veinte años, escuché: Soy Kasumi Anduray Baldizón, tengo veintiún años.

Me contó que su padre la nombró Kasumi por un personaje de un comic, una guerrera que protegía a su familia en tiempos de guerras feudales, que al final cuando le exigieron dejar las armas y convertirse en una dama del palacio se quitó la vida.

¿No te parece irónico? Nunca quise reconocerlo, por eso nunca le entregué la nota pidiéndole que se alejara, pero sabía que me mataría, me dijo. Me gustaría saber si mi nombre tuvo algo que ver, ¿qué pasaría de haberme llamado de otra manera? ¿Y si yo lo hubiera matado? ¿Te gustaría llamarte Kasumi?

De habértelo contado, habría puesto en riesgo lo que consideraba lo más importante del mundo: estar a tu lado, aprender del mejor. Al comienzo me sentí acosada por los dos, por vos y por Kasumi, pero aquello me proporcionaba ventajas. Desde fuera parecían días de gloria. ¡Ascender al equipo élite antes de terminar la universidad!

Kasumi me hablaba y todo lo que decía tenía sentido. Que busquen en mi bolso, hay un zíper oculto bajo la costura. Allí estaba la nota en la que pedía a su exnovio dejarla en paz, parar las amenazas y alejarse definitivamente de ella. No tuvo tiempo de entregársela, sin embargo, aquel pedazo de papel fue crucial para atrapar al asesino.

Te dije que descubrí el compartimento secreto porque tenía un bolso idéntico al de la chica asesinada. Tomaste todo el crédito, la conferencia de prensa, las fotos, aseguraste que había sido tu instinto, tu experiencia de investigador de la que tanto te jactabas la que te llevó al asesino. Para vos fue un caso más, resuelto en apenas unas cuantas semanas. Para mí fue el inicio de dos años de angustia, entre tus juegos mentales para manipular mi cuerpo y mi mente.

Es irónico, que esta mañana cuando me senté a escribir el discurso que daré en el acto por mi ascenso con honores, te recuerdo sin agobio y decidí escribirte este correo electrónico que nunca leerás.

Escribirle a mi primer amante y competidor, el que me acercó a los labios pálidos de esa muchacha muerta que me hablaba a todas horas, el mismo que me expuso al frío y a la desolación de aquel cuerpo desnudo y desangrado, que a veces venía a dormir conmigo y me hizo ver que me llevaste a la morgue porque fantaseabas con tenerme desnuda boca arriba como una ofrenda a la que vos como oficiante de los sacrificios abrirías para desangrarme hasta la muerte.

Kasumi siempre me dijo la verdad, me lo advirtió y aun así caí, me ofrecí ante vos y me sometí a todas tus pruebas y castigos, hasta aquella mañana. Entonces todo cambió, fue por ella que fingí estar enferma y no te acompañé a la que sería tu última misión. Tres días después fui yo la que identificó tu cuerpo desnudo en una morgue improvisada al norte del país, allí estabas con el pecho abierto, desangrado, parecías más flaco y más interesante de lo que en verdad eras. No sentí tristeza, hasta varios días después cuando advertí que Kasumi se había marchado para siempre.

Llena de paz, se despide,

Kazumi

Kasumi: Término japonés que significa neblina.

Kazumi: Nombre femenino de origen japonés que significa “esperanza bella”.

II. Selección de poemas

Del poemario EN LOS RAUDALES DE MI CUERPO

Del porqué no te lloro

Realmente podría deprimirme,
enrollarme dentro de mis tripas,
llorarte en mil pedazos,
coleccionar fútiles intentos de autocompasión,
deplorar lo que alguna vez casi fuiste,
acuchillarme con tu olor,
almacenar días y noches
deshidratando cuerpo y alma
con las uñas enterradas en el pavimento
y los labios hinchados de frustraciones,

pero no puedo:

las lágrimas arruinarían el maquillaje
y
además,
no tengo tiempo.

En los raudales de mi cuerpo

A Christian Santos, al recordar su historia

En los raudales de mi cuerpo te sumergiste,
lluvia tomaste a manos de río
acampaste en mi isla de pájaros cantores
y nada escuchaste.

Con viento y olas te acuné
mientras vos con lanza y caña saqueaste el paraíso.

Manchas de sangre vienen del lago,
en la arena una mujer-pezuña llora con los ojos secos
—Rasgó la vela de tu bote, me dice

Y heme aquí
dejo de ser pez, pepezca, chuluca

y a golpe de remo recupero mi vida.

Autorretrato 2

Se he perdido un cuerpo
terso y suave,
pequeñito y dulce como pájaro.

Pero no lo busco,
porque ahora tengo uno distinto,
sobrio, dador de vida,
amante y aventado
que igual se ensancha de libras como de amor.

De POEMAS DE JARDÍN

Y soñé que era un árbol
Claribel Alegría

Hay jardines en los tejados
Detrás de la bruma
unas mil novecientas orquídeas clandestinas
escapan de la violencia,
del contrabandista, del tratante,
que en cajas de madera
igual atrapan flores, mujeres y niñas.

Garden Club N° 2

La mano traslúcida de una anciana se escapa por la ventana,
sus dedos toman la rama del limonario,
muerde una hoja y un cosquilleo habita en su boca.

Temblor en su lengua –cual beso robado–,
un instante
y parece estar viva.

Mi jardín canta

A Luis Alberto Ambroggio

Mi patio es soberbio,
se engalana en el cemento de su fuente,
en su pequeñez nunca ha visto al Bocay, al Wangki
o Pearl Lagoon, pero se luce grandioso.

Desconoce las selvas que beben del cielo,
donde las tortugas besan manatíes
y los peces duermen con los ojos llenos de luz.

Es feliz en su inocencia,
él, que contiene a todos y a sí mismo,
celebra y canta:
¡soy el Walt Whitman de los jardines!

Del poemario AL CAER LA TARDE

11.

Como tamo que arrebatata el viento

es tu recuerdo.

Al caer la tarde abro las ventanas,

me reconozco,

¡soy yo la que dominó al fuego!,

y en las cenizas me leo

Libertad.